



Se celebró días atrás, en una casona  
de Belgrano, con medio millar de invitados...

**ESTUVIMOS EN LA  
PRIMERA FILA  
DE UNA FIESTA GAY**

Una imagen que es todo un símbolo de lo que fue la fiesta celebrada en pleno barrio de Belgrano. Un beso total entre dos de los jóvenes gay que asistieron a la reunión. Una escena difícil de explicar, una realidad que está ahí. Pese a todo y a todos.



En la escena superior: otro beso, aún más apasionado, "repartido" entre los asistentes. Abajo: el baile, la alegría, el carnaval.

El "Vamos a la playa, oh, oh, oh" se levantó como un himno en la apertura de la fiesta. Más de medio millar de personas, reunidas en una señorial casona del barrio de Belgrano, parecían querer ranciarle a la pegadiza canción de moda la fuerza que la opresión contenida puede dar cuando se transforma en energía liberadora. Porque sólo yéndose a la playa—como sinónimo de lejanía—o logrando reunirse en un ámbito predeterminado cierta gente de la ciudad puede ser capaz de sacar a pasear externamente su propio yo. Para hacer-

lo un poco más claro: el medio millar de presentes autoconvocados en la casona del barrio de Belgrano, en medio de la algarabía más contagiosa que uno pueda imaginarse, estaba participando de la denominada—tal vez un poco pomposamente—Primera Fiesta Pública Gay que se llevara a cabo semanas atrás en nuestra querida Santa María de los Buenos Ayres. Una ciudad que, como todos saben tiene todo lo que hay que tener...

El lugar, dos salas muy amplias separadas entre sí por un



●● Aquí están bailando juntas, personas que son del mismo sexo. Y el edicto policial Segundo H, se lo recuerdo, reprime la prostitución. En consecuencia, deberán acompañarnos a la comisaría ●●  
(Explicación policial al llegar a la fiesta)



La increíble Toty y sus esbeltas bailarinas. En sus danzas, poco menos que desesperadas, entregaban sus propias vidas...

bar atestado de las mejores bebidas, tenía gran cantidad de mesas. En su turno se ubicaron los jóvenes —las niñas eran en verdad muy pocas— festejando el cumpleaños de Viejos Tiempos, el boliche que organizó el "gay party". Durante toda la noche *Libre* fue testigo de hábitos y costumbres de esta gente, permanentemente obligados a la marginalidad dentro de una sociedad demasiado empuñada en condenar, condenar y condenar. Algunos ingresaron tímidamente en la reunión, para terminar bailando en pareja, muy sueltos de cuerpo y meneando frenéticamente el trasero por todo el salón. Otros, repantigados cómodamente en los sillones, departían alegremente sobre la flamante democracia que nos envuelve a todos. Y hubo —también— los que se corrieron hasta el Jardín del fondo para besarse apasionadamente.

### El carnaval llegó con anticipación

Mientras los anfitriones se ocupaban de repartir gorritos, pitos y matraces —bajo inmensas piñatas que comenzaban a estallar sobre sus cabezas— la fiesta se puso en marcha. La entrada, que costó 100 pesos, incluía un desenfadado show. Sin embargo, al estilo de las mejores veladas, una gran sorpresa se desencadenó en medio de los festejos: personal de la comisaría 32, tanto de uniforme como de civil, irrumpió de golpe en el salón de Federico Lacroze al 2000. Durante más de una hora estuvieron revisando por todos los rincones de la enorme casaca. Final: terminaron requisando la documentación personal de más de un centenar de presentes y se cargaron cincuenta detenidos para el baile del comisario.

La intempestiva visita no pareció incomodar demasiado a los concurrentes, que continuaron bailoteando alegremente, salvo en aquellos casos donde la presencia policial decretó la disolución de alguna de las parejas. De todas maneras, quienes quedaron momentáneamente solos, pronto se consolidaron con la formación de un nuevo

dúo. Hubo una sola y sonora excepción: la desairada "Anamá", en medio de la profunda crisis de nervios que le provocó la pérdida de su acompañante en manos policiales, arremetió contra éstos arrojándoles todo lo que encontró a su alrededor.

Un redactor de *Libre* consultó en un momento dado a los responsables del fulminante operativo policial y todos ellos reconocieron que no habían encontrado ni un solo gramo de drogas, ni la más inocente de las armas, ni tampoco el más mínimo atisbo de resistencia por parte de los concurrentes a la fiesta, con la única excepción —ya mencionada— de la crisis de nervios sufrida por la ruidosa "Anamá".

—Señor, bajo qué figura legal se puede justificar este procedimiento policial...

—Aquí están bailando juntas personas del mismo sexo.

—Pero hay otros muchos que están tranquilamente sentados en sus sillones...

—El edicto policial Segundo H reprime la prostitución.

Poco después de ese breve diálogo, cuando el operativo estaba decididamente cerrado, se suscitó una escena realmente tragicómica: unos lloraban y otros reían, todos nerviosamente, al grito de "si nos reprimen es porque no aceptan su propia sexualidad". Inmediatamente después de eso, como dispuestos a tomarse una violenta revancha, los presentes se lanzaron a un juego casi orgiástico. Ahí —por primera vez en la noche— se asumieron en un todo y entonces costó creer que semejantes prácticas se estuvieran realizando en nuestra propia ciudad de Santa María de los Buenos Ayres.

### El segundo acto de la gran fiesta

El champagne gratuito que corrió entre los asistentes sirvió —junto con la retirada policial— para que los más osados tomaran la delantera. Copando baños y rincones comenzaron de pronto a reivindicar su sexualidad contenida: manos y lenguas entremezcladas, caricias de ida y vuelta, aullidos de

## Festejos a la rosarina

Paralelamente con esta fiesta realizada en Belgrano —casi podría decirse que en el mismo momento— se llevó a cabo otra en Rosario. Esta tuvo lugar en una discoteca de pleno centro y congregó a un público estimado en unas docenas cincuenta personas. Todas ellas con características bastante "normales" para este tipo de reuniones sociales: muchachos de punta en blanco, gran mayoría de camisetas abiertas hasta el tercer o cuarto botón, los más variados tipos de collares y cadenas sobre el pecho y muchos brazos desnudos y adornados con pulseras, pulseritas o simplemente una cinta de color. Además de todo esto un telón de música sonando a todo vapor y el entusiasmo sin tapujos ni falsos pudores de los gays cada vez que se enciende la música y se está en medio de una multitud más o menos respetable.

De pronto, en medio de la fiesta-fiesta, sobre el imaginario cielo de la discoteca se instalaron unos densos nubarrones. O, dicho de otra manera, se desató la páida: un imponente cortejo policial ingresó totalmente dispuesto a suspender el regocijo de esos dos centenares y medio de rosarinos. Entre los servidores del orden, casi a la cabeza de todos ellos —uniformes y armas a la cintura, por supuesto—, apareció un señor juez. Un juez que se hizo presente sin armas, por supuesto, pero presente al fin. Vestía de sobrio traje e impecable corbata. ¿Y cómo era su gesto en esos momentos? Tan serio, o acaso más, que el del más serio de los policías que lo acompañaban.

Tras la consiguiente sorpresa de los presentes —de quienes llegaron a escuchar algunos gritos y susurros— la comitiva policial pidió silencio y anunció que en ese mismo instante la fiesta quedaba suspendida sin previo aviso, pues allí se estaba cometiendo un delito, ya que los asistentes a la reunión eran homosexuales. Y se agregó —como cierre de ese anuncio— que se retirarían todos los documentos de los presentes, para "las acciones pertinentes".

Testigos presenciales contaron que, tanto las jóvenes cuanto los muchachos presentes, se miraron entre sí como para consultarse con los ojos. Y que ninguno se movió, hasta que por fin —uno cualquiera— dijo con voz bien clara:

*No estamos cometiendo ningún delito. En el país ya no existe el estado de sillo y, porque no estamos haciendo nada malo, tenemos tanto derecho como los demás para reunimos a bailar entre nosotros. Además, no vamos a entregar nuestros documentos y tampoco les acompañaremos a la comisaría. Sin ustedes quienes están actuando ilegalmente, no nosotros.*

Se hizo un silencio glacial. Y ahora fueron los integrantes de la comisión policial, con el juez incluido, los que comenzaron a consultarse con la mirada. Hasta que, casi sin órdenes expresas de ninguno de ellos, todos se dieron media vuelta y se retiraron del local. La fiesta, por supuesto, continuó hasta la madrugada.

esperados y gritos por demas ríusos —el pantalón me cae, las medias me dan...— se sucedieron en imágenes de fuerte tono erótico donde el recambio de la pareja parecía, muchas veces, no poder poner límite a las ansias de ser homosexual.

Algunos pocos diálogos, memorizados casi al azar, sirven para ponernos en órbita de lo que allí se escuchaba. Veamos:

—¡Qué bien estás! Vos no venís nunca, ¿no? Yo sí, pero la verdad es que no me copan de demasiado estos tipos. Cuando te vi me pareciste auténtico y esa barba tan agreste que tenés me alucinó. Enseguida me dije que serías un superlibre, muy entregado a vivir las cosas fuertes, tal como se dan... (Marcelo, 30 años).

—Mirá, loca, yo no sé si viniste con alguna amiga, pero eso en realidad no me molesta demasiado. Lo que sí se es que tengo unas ganas locas de que hagamos el amor. Creo que podría tener un terrible orgasmo con sólo locarte... (Norma, 28 años, actriz).

—Por favor, ya mismo, quedate conmigo. Tengo un depto de primera. Vení y quedate a dormir conmigo... (Alejandro, 25 años, modelo).

—Estas fiestas no me gustan

●● Vos no venís nunca, ¿verdad? Yo sí, pero igualmente estos tipos mucho no me copan. Con vos es otra cosa, ni bien te vi me alucinó tu barba. Debés ser un superlibre, un amante de las cosas fuertes ●●

(Marcelo, 30 años, uno de los asistentes)



El preciso instante de la requisita policial. Finalmente, los servidores del orden detuvieron a más de 50 gays.

para nada. Acá todos son "locas" y yo, para nada... Esto me jode, porque después nos meten a todos en la misma bolsa. Yo soy bisexual, me gustás vos y también me gusta tu amiga... (Fernando, menos de 30 años).

La premisa parecía ser cono- cer gente. Por eso, casi como una verdadera obligación, todos se quisieron conectar con todos. Pese a ser fácilmente identificables —andábamos de un lado para otro con nuestros grabadores y cámaras fotográficas— nos ofrecieron viajes afrodisiacos, ansiosos encuentros carnales y propuestas de diferente tenor durante toda la noche. La soledad, en esta ciudad multi- poblada, parece no ser patrimonio de nadie en especial.

Casi de pronto se hicieron las seis de la mañana. La llegada del sol puso nuevamente las cosas en su lugar. Al menos, en los lugares dispuestos por los seres "medianamente" normales. Durante ocho horas —la fiesta había comenzado a las 22— angustia, placer, miedo y deseo se habían conjugado en esa playa imaginaria a la que ellos sueñan con llegar algún día.

IBR

Alberto Silva y Laura Helmivich  
Fotos: Fabián Diaz

## Un término nuevo para englobar a un antiguo mundo

A la sociedad siempre le hizo cosquillas que una porción de ella misma se apartase de los moldes sexuales considerados normales. Tanto en nuestro país, como en buena parte de las restantes grandes ciudades del mundo, casi un 10 % de la población —según estadísticas oficiosas— se ha distraído de las pautas heterosexuales para comenzar a caminar por andariveles más intrincados.

Científicos, machistas e intelectuales han creído encontrar en su respectivo momento el término adecuado para caracterizarlos: marisquitas, homosexuales, putos, locas, invertidos, comilones. Últimamente, sin embargo, pareciera que la denominación "gay" ha englobado a todos ellos sin distinciones, en lo que tal vez sería un intento de despojarse de "culpas" acusatorias por la vía lingüística.

En 1950 aparecieron en la Argentina las primeras figuras legales, en forma de edictos policiales, como instrumentos de ineficaz efecto para modificar esta modalidad sexual. Más cercanos en el tiempo, hace exactamente diez años, se constituyeron los primeros movimientos gay organizados. Además, en torno de un pensamiento político o religioso, se subdividieron en grupos católicos o marxistas. El romance ideología-sexo sufrió un abrupto divorcio en marzo del '76. Las prostitutas, beneficiarias originales del edicto Segundo H, debieron compartir desde mucho tiempo atrás esta distinción con los gays. Estos, al igual que ellas, cuando son detenidos, reciben la acusación formal de haber incitado al acto carnal en la



Roberto Vega, todo un personaje en su papel de "locutora" oficial de la fiesta.

vía pública. De acuerdo con la ley, ser gay es algo grave, podría decirse que casi comparable con un criminal o con un subversivo.

Dentro de este grupo sexual, tanto en hombres como en mujeres, se manifiestan distintos tipos de conducta. En el segmento femenino hay dos subgrupos bien definidos: las "bombers" —cuya apariencia masculina arremete contra la clásica imagen femenina— y las "fállicas", quienes de alguna manera mantienen inoclume su forma tradicional. Con los hombres también suele ocurrir algo muy parecido, pues el péndulo que los rige se columpia normalmente desde "la marquieta relajada" —de voz sumamente alfaudada y siempre con todas las plumas de la moda encima— hasta quienes mantienen una apariencia fuertemente viril en todos sus gestos. Estas posturas que percibe a diario el mundo exterior no se corresponden necesariamente con el papel que se asume luego en la cama: el pasivo y el activo, si bien son papeles perfectamente establecidos de antemano, semejantes al del mundo heterosexual, no solo no se marcan a partir de tal o cual apariencia sino que —en muchos más casos de lo que cualquiera puede suponer— logran desaparecer por completo. Sólo conociendo esta realidad de los gays se podrá penetrar en su verdadero mundo. O, mejor dicho, en el mundo real de los gays. Que parece ser la misma cosa, pero no lo es. Y a partir de estos conocimientos, también, se los podrá comprender mejor.